

ocultaba con la mayor diligencia, eran la única y verdadera causa de aquellas tan repetidas ordenes que entonces daba de que nadie entrase á verle. De estos divinos coloquios nacia aquella inalterable serenidad, aquella paz celestial, y aquella dignidad verdaderamente regia, con que confundia y aterraba á los miserables autores de tantos insultos, de tantas indecencias y ruindades: pero dejemos á un lado recuerdos tan horrorosos.

Contemplemos ya al religioso Monarca en su augusto escelso trono animado de los nobles sentimientos de gloria y prosperidad, y rodeado de las virtudes, de las ciencias y de las artes, fuentes fecundas y manantiales perennes del bien estar de los pueblos. Cier- to es que para reinar bien lleva mucho adelantado un Principe religioso; mas por grande que sea esta ventaja no es suficiente para

